

hermana de los cuatro reyes francos. Parecía que este enlace entre las dos dinastías poderosas de Occidente era el mas á propósito para consolidar y hacer formidable uno y otro Estado: sin embargo, no fué sino causa funesta de la ruina de Amalarico. El godo era arriano, Clotilde católica, y solo le fué otorgada por su hermano bajo la seguridad de que no se la obligaría á dejar su religion. No lo cumplió así Amalarico; empeñábase en hacer arriana á Clotilde, resistiéndola ella con entereza, constancia y decision. Amalarico empleó primero la persuasion, las caricias y los halagos: viendo que estos medios no alcanzaban, recurrió á la dureza y á los malos tratamientos; quejóse de ello Clotilde á sus hermanos, enviando á Childeberto un pañuelo teñido de sangre en prueba de los ultrajes que de su marido recibía (1). Tomó inmediatamente las armas Childeberto para vengar á su hermana, y á la cabeza de un ejército respetable se entró por los Estados de Amalarico. Salió el godo á encontrarle con sus tropas: empeñóse el combate, y Amalarico fué derrotado, teniendo que refugiarse á la flota que estaba casi á la vista del campo de batalla. La codicia acabó de perderle; acordóse de que habia dejado sus tesoros en Narbona, y volvió con el ansia y afán de recobrarlos. Los francos le sorprendieron, y en vez de los tesoros halló la muerte. Las alhajas quedaron en poder de Childeberto: contábanse entre ellas sesenta cálices y trece patenas de oro puro, las cuales distribuyó á las iglesias de Francia. Childeberto se dirigió á París con sus tropas victoriosas: Clotilde murió en el camino, y fué enterrada en la iglesia de Santa Genoveva, que entonces se llamaba de San Pedro y San Pablo, junto al sepulcro de su padre Clodoveo. Tanta era la influencia que tenían ya las diferencias religiosas en la suerte de los reinos (531).

Como Amalarico hubiese muerto sin sucesion, juntáronse los godos para la eleccion de rey, y fué aclamado por unanimidad el mismo Teudis que tan sabiamente los habia gobernado en la menor edad de Amalarico (532). Al año siguiente, los francos que acababan de destruir el reino de los borgoñones, quisieron expulsar á los visigodos de las posesiones que les quedaban en las Galias, pero fué infructuosa su tentativa.

Los reyes francos, con motivo ó sin él, no dejaban de hostilizar á los godos de España en cuantas ocasiones podian. En 542 los dos hermanos Childeberto y Clotario, rey el primero en París y el segundo en Soissons, sin que se sepa la razon que á ello les moviera, pasaron los Pirineos al frente de un numeroso ejército, tomaron á Pamplona, Calahorra y algunas otras ciudades, y se dirigieron á poner sitio á Zaragoza, despues de haber devastado cuanto encontraban al paso. Ocurrió en el cerco de Zaragoza una de aquellas escenas que prueban el influjo que en aquella edad ejercia la religion. Los habitantes de Zaragoza carecian de todo socorro, y los francos apretaban el sitio. Los ciudadanos recurrieron entonces á la intercesion de San Vicente, uno de los gloriosos mártires; y publicando un riguroso ayuno, vestidos los hombres con sacos y las mujeres de luto, sueltos los cabellos y cubiertas de ceniza las cabezas, salieron en procesion al rededor de la muralla llevando la túnica del santo, cantando unos y llorando otros. Llamó la atencion de Childeberto tan nuevo y singular espectáculo, y habiéndose informado de su significacion y objeto por un labrador de la ciudad que fué cogido, el rey franco envió á decir á los sitiados que en reverencia de su santo mártir determinaba levantar el asedio, y que les estimaria alguna preciosa reliquia del santo para llevarla consigo. Dióle el clero agradecido la estola del mártir, con la que muy contento marchó el franco: en cuya memoria dicen erigió despues un templo en París á San Vicente mártir, que es hoy el de S. German.

Mas cuando los francos, levantando el sitio de Zaragoza, regresaban á las Galias, contentos con las riquezas y el botin que de Pamplona y las demás ciudades habian recogido, hallaron un fuerte ejército godo, mandado por Teudiselo, posesionado de los desfiladeros y gargantas de los Pirineos. Childeberto, viendo de aquel modo cortada su retirada, negoció con el general godo el permiso de dejarle libre el paso mediante una gruesa suma de dinero. Dejose llevar el godo

(1) Greg. Turon. lib. III.

de la codicia, y concedióles una tregua de veinticuatro horas, durante las cuales traspusieron las montañas los dos reyes francos con lo mas escogido de su gente; mas como no tuviesen tiempo de pasar las tropas, cayó Teudiselo sobre las que quedaban y las pasó á cuchillo (2).

Justiniano, emperador de Oriente, habia acabado con el reino de los vándalos en Africa, por medio de la espada de Belisario, y posesionádose de Ceuta, que se supone habia pertenecido á los godos. Temiendo Teudis la proximidad de los imperiales bizantinos, y sospechando que tuvieran intenciones de destruir el reino de los godos como habian destruido el de los vándalos, envió un ejército á recobrar á Ceuta. Sitiábanla los godos y habian empezado á dar algunos asaltos, cuando llegó el primer domingo, dia en que los godos no acostumbraban á pelear; dejaron, pues, las armas, creyendo que los católicos sitiados harian lo mismo: pero los imperiales, aunque católicos, menos escrupulosos en la guardia de las fiestas que los godos, cayeron de repente sobre estos, y hallándolos desapercibidos, acuchilláronlos á todos sin que escapara uno solo, añaden las crónicas, que pudiera llevar á España la triste nueva del desastre. Poco tiempo despues de esta derrota murió Teudis; á travésóle con la espada un loco, ó al menos fingia estarlo: Teudis al morir encargó que no se castigara al asesino (548).

Muerto Teudis, los grandes del reino nombraron sucesor suyo á Teudiselo, el mismo general que habia concedido la famosa tregua á Childeberto y Clotario (3).

Poco tiempo disfrutó el nuevo rey de las delicias del trono: el desenfreno con que se entregó á otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasion por las mujeres no tenia límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mujeres de los mas principales del reino. Desearon estos ocasion de vengar su infamia, y proporcionóla un banquete á que el mismo rey los convidó en Sevilla: en lo mas animado del festin los conjurados apagaron las luces, y á favor de las tinieblas cosieron al rey á puñaladas. Llevaba poco mas de año y medio de reinado (549).

Los mismos conjurados eligieron sin formalidad y sin esperar el consentimiento de otros principales godos á Agila, de no menos desarregladas costumbres que su antecesor. Por uno y otro motivo algunas ciudades se negaron á reconocerle; entre ellas Córdoba, ante cuyos muros yendo á atacarla perdió un hijo y quedaron derrotadas sus tropas. Aprovechóse de aquellas discordias Atanagildo, uno de los grandes, tan ambicioso como astuto, para granjearse un partido y aspirar á la corona. A este fin parecióle muy conveniente aliarse con Justiniano, á quien halagó cediéndole todo el territorio de la costa de España comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia. Marcharon en seguida las fuerzas combinadas de Justiniano y Atanagildo contra Agila, vencieronle en batalla junto á Sevilla, y le forzaron á retirarse á Mérida, donde disgustados los suyos de las calamidades que por su causa sufría el país, y no menos incomodados con su altivo genio y relajadas costumbres, diéronle la misma muerte que á su antecesor, proclamando en seguida á Atanagildo (*Atanagildo*). De esta suerte quedó Atanagildo en posesion pacífica del reino de los godos, fijando ya definitivamente en Toledo la corte que antes no se habia establecido aun en determinado pueblo de España (554).

Luego que se vió tranquilo poseedor del trono, volvió sus armas contra los griegos bizantinos, resentido de que se hubieran apoderado de varias plazas fuertes que los constituian en vecindad demasiado peligrosa. Algunas recobró, pero aun subsistieron aquellos imperiales como apegados á las costas españolas, no solo durante su reinado, sino aun muchos años

(2) Vit. S. Avit.—S. Isid. Hist. Goth.

(3) San Gregorio de Tours nombra á este rey Theodogilo, Jornandés le llama Theodigis, otros Theodiselo, y otros Theodigisilo. Es difícil fijar la correspondencia que deben tener en español los nombres de los godos. Todos han sido adulterados al pasar á otros idiomas; y aunque se conservaran con su propia ortografía, faltarían en las lenguas modernas sonidos para expresarlos en su original y primitiva pronunciacion. De aquí la infinita variedad con que se escriben y pronuncian en los diferentes paises, y aun en una misma nacion en diversas épocas.

despues; que es siempre mas fácil la entrada que la salida de los extranjeros que una vez son llamados á un país como auxiliares.

Parece no haber heredado Atanagildo el odio de sus antecesores á los francos de las Galias, ó haber estos mas bien olvidado el que sus mayores tenían á los godos; puesto que se vió á los dos nietos de Clodoveo, Sigiberto, rey de Metz, y Chilperico, que lo era de Soissons, pedir sucesivamente en matrimonio á Atanagildo sus dos hijas Brunequilda y Galsuinda. Brunequilda, la menor de las dos, notable por su extraordinaria belleza, y á quien el poeta latino que cantó sus bodas comparaba á Vénus, se hizo católica en poder del rey franco. Con mucha repugnancia habia cedido Atanagildo al rey de Soissons su hija Galsuinda, y con menos voluntad todavía condescendió en ello su madre, porque Chilperico no tenia reputacion de arreglado en su conducta, ni esperaban que diera ejemplo de fidelidad conyugal, virtud tan recomendable entre los godos. Léjos de eso, su palacio era una especie de lupanar, y á la cabeza de sus concubinas se hallaba la temible Fredegunda, cuyo nombre andaba en las bocas de todos. La hija de Atanagildo, á pesar de aquellos tristes presentimientos, salió de España acompañada de su madre, que no acertaba á separarse de ella, como si asegurara los desastres que le habrian de suceder. Celebráronse las bodas en Tours. «Fué recibida, dice el historiador obispo de aquella ciudad, en el lecho de Chilperico con honor y con demostraciones de amor, porque llevaba consigo grandes tesoros: pero bien pronto la pasion de Fredegunda ocasionó entre ellos violentos disturbios (1).» Disturbios fueron estos á tal extremo llevados, que el bárbaro rey, por complacer á Fredegunda, hizo ahogar en el lecho á la infeliz Galsuinda por mano de un esclavo, casándose despues con la consejera del crimen, objeto de sus livianas pasiones. Jamás olvidó Brunequilda el cruel asesinato de su hermana, que tambien se habia hecho católica como ella, y queriendo vengar el bárbaro delito, suscitáronse entre ella y Fredegunda luchas sangrientas, que produjeron nuevos atentados de parte de aquella mujer malvada, atentados y crímenes que tan funestamente célebres se hicieron en la historia de Francia.

Atanagildo murió en Toledo (567), despues de un reinado apacible de trece años. Dícese que ocultamente era tambien católico (2). La moderacion con que habia gobernado hizo su muerte muy sensible en toda España.

Tanto habian crecido las ambiciones desde que la corona gótica habia vuelto á hacerse electiva despues de la extincion de la familia de Teodoro, que trascurrió un interregno de cinco años (que algunos pretenden rebajar á solos cinco meses), antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de soberano. De inferir es la confusion y el desorden á que se veria entregado el pueblo en este largo periodo. Al fin los grandes de la Galia gótica elevaron á Liuva (*Leuv, leon*), que regia la Narbonense, hombre recto y de modestas

miras, que desnudo de ambicion y conoedor de las dificultades del reinar, no queriendo por otra parte abandonar el suelo que le viera nacer para trasladarse al centro del imperio, persuadió á los nobles á que le diesen por compañero á su hermano Leovigildo (*Lew gild*), jóven ilustrado, enérgico y vigoroso. Hicieronlo así los magnates, y contento Liuva con la pequeña porcion de la Galia gótica para sí, cedió la España entera á Leovigildo. Aquel modesto, prudente y desinteresado príncipe murió á poco tiempo en la Galia (572), de donde nunca quiso salir, y quedó todo el imperio gótico encomendado á la firme y robusta mano de Leovigildo, uno de los mas ilustres príncipes que se sentaron en el trono de los godos.

### CAPITULO III

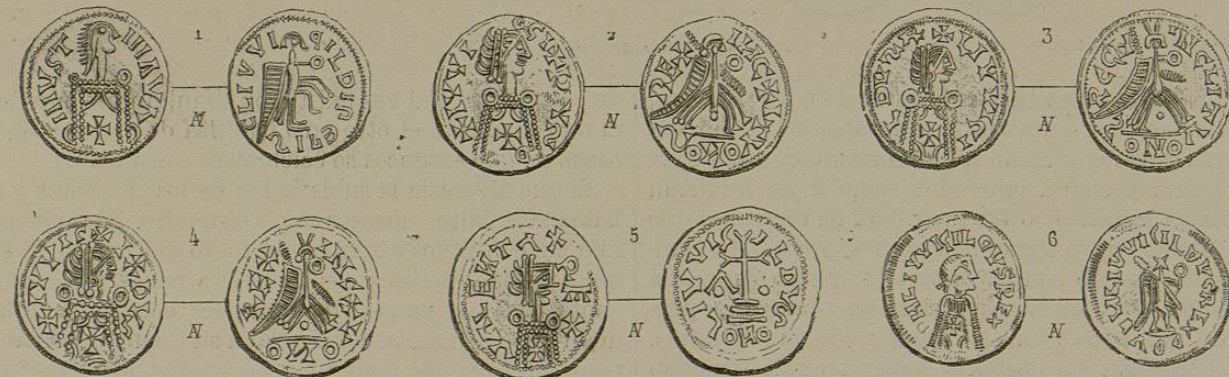
#### Leovigildo y Recaredo

DE 572 Á 601

Enfrena Leovigildo á los griegos imperiales, y les toma varias plazas.—Somete á Córdoba.—Sujeta á los cántabros sublevados.—Reaparece el reino suevo de Galicia.—El rey Miro que favorecia á los cántabros se ve obligado á pedirle la paz.—Da Leovigildo participacion en el gobierno á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo.—Matrimonio de Hermenegildo.—Disidencias religiosas en palacio.—Hermenegildo se hace católico.—Hace armas contra su padre.—Guerra entre el padre y el hijo.—Trágico fin y martirio de Hermenegildo.—Persecucion contra los católicos.—Refunde Leovigildo el reino suevo en el visigodo.—Campañas en la Galia gótica.—Leovigildo como legislador.—Su muerte.—Recaredo.—Se convierte á la fe católica.—Conjuraciones de arrianos.—Son deshechas y castigadas.—Abjura solemnemente el arrianismo ante un concilio de Toledo.—Conversion de obispos arrianos.—La religion católica se declara religion del Estado.—Triunfos de los godos en la Septimania.—Recaredo como legislador.—Principio de la fusion política y civil entre godos y españoles.—Muerte de Recaredo.—Sus virtudes.

Llegamos á uno de los periodos mas interesantes de la dominacion goda. No hay un solo individuo en la familia real que se ha sentado en el trono godo-hispano que no haga un papel importante en la historia, ni un solo personaje en este grupo que no excite grande interés. Va á representarse un drama histórico, cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros, y alcanzarán á las generaciones que nos sucedan.

Uno de los primeros cuidados de Leovigildo fué tratar de desalojar de España aquellos griegos imperiales, que los españoles de entonces y muchos historiadores despues llamaron romanos, tan imprudentemente traídos á la costa por Atanagildo, y donde ellos habian procurado consolidarse mas de lo que sin duda habia entrado en las intenciones de aquel rey, y mas de lo que á la unidad de España convenia. Eran tanto mas peligrosos para Leovigildo estos huéspedes, cuanto que siendo ellos católicos y siéndolo tambien los hispano-romanos, mirábanse unos y otros con la aficion de correligionarios, y estaban siendo un foco al que acudian fácilmente



LEOVIGILDO

los descontentos de la dominacion [goda ó del arrianismo que representaba. Emprendió, por lo tanto, Leovigildo con ardor la guerra contra los imperiales, y aunque no pudo llevar á

cabo la expulsion, porque para esto hubiera necesitado de una marina de que carecia, les fué, no obstante, tomando las plazas de Baza, de Málaga y de Assidonia (Medina Sidonia), no sin notable resistencia en esta última, y reduciéndolos á límites mas estrechos. Córdoba, que desde su rebelion y triunfo sobre Agila rehusaba someterse al poder de los godos,

(1) Gregor. Turon. lib. IV, cap. 28.

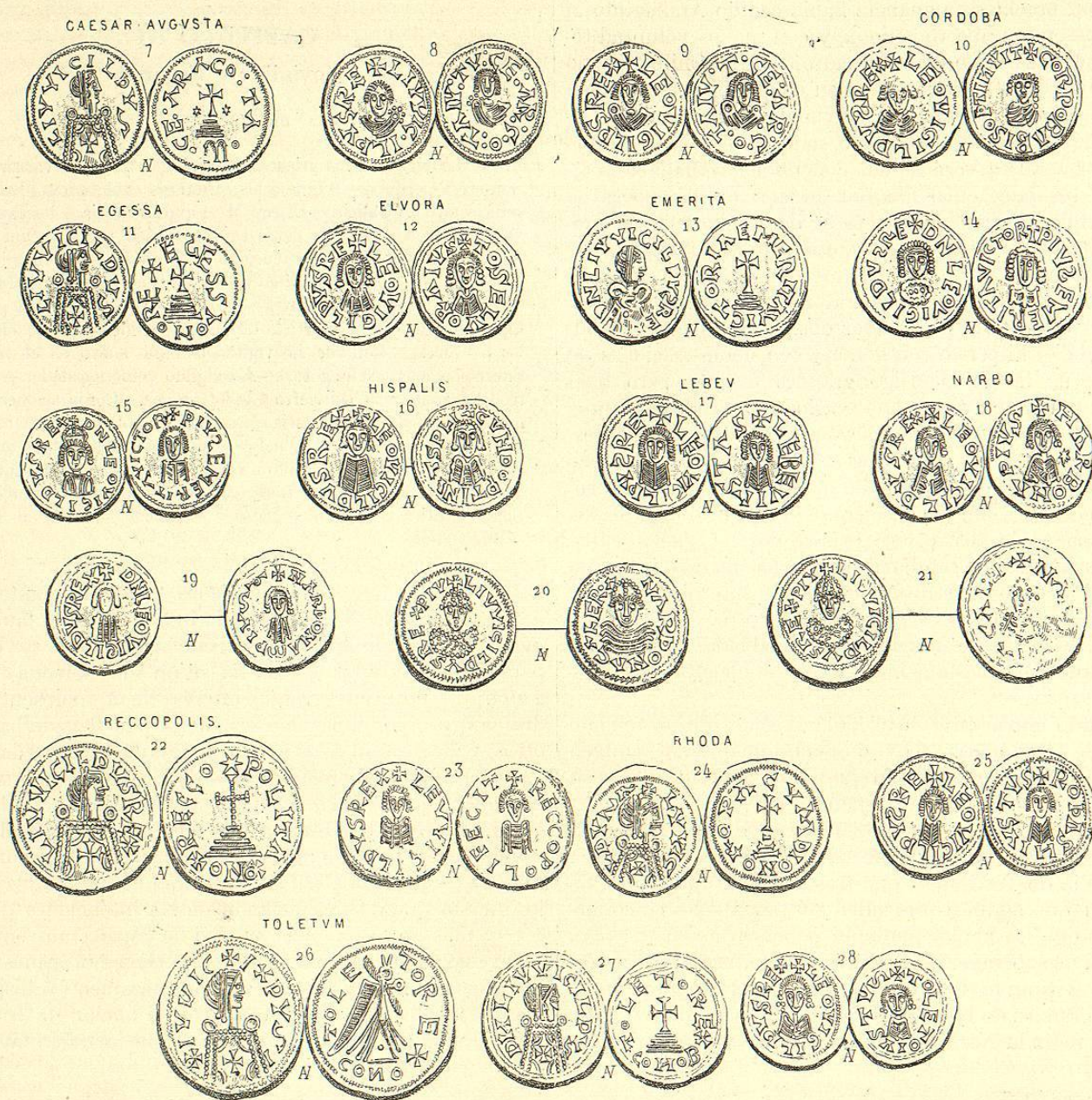
(2) Gregor. Turon.

y que acordándose de su grandeza romana se gobernaba municipalmente como en tiempo del imperio, fué también rendida á fuerza de armas por Leovigildo, que en esta ocasion comenzó á desplegar la dureza de su carácter, haciendo sentir su enojo con actos de excesiva crueldad, no solo á la ciudad rebelde, sino á toda la comarca. La sangre corrió por la ciudad y por los campos, y llenas de terror se sujetaron todas las poblaciones de la Bética á las armas victoriosas del godo.

Diéronle los grandes del reino mil parabienes por estos triunfos, y apresuráronse á mostrársele adictos, ó por lo menos sumisos y respetuosos. Con esto y con el ejemplo de los

males y desórdenes á que habia dado ocasion la larga vacante del trono, fué fácil á Leovigildo persuadir á los nobles la conveniencia de dar participacion en la soberanía y autoridad real á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. La proposicion fué acogida con beneplácito por unos y sin oposicion por otros, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos de la corona. Con esto lograba Leovigildo poner freno á las ambiciones y al espíritu de insurreccion, y hacer hereditario el trono en su familia.

Tuvo despues de esto que volver sus armas contra los indóciles cántabros, que llevando de tan mala voluntad el



LEOVIGILDO

dominio de los godos como habian llevado el de los romanos, andaban desasosegados y revueltos. Apoyábanlos los suevos de Galicia, que desde el reinado de Remismundo, mas de un siglo hacia, permanecieron ignorados como si no hubieran tenido existencia histórica; ó bien por falta de escritores que despues de Idacio trasmitieran sus hechos, ó porque se hubieran ido confundiendo con los naturales; y solo vuelven á aparecer algunos años antes del reinado de Leovigildo: pueblo misterioso, que parece haberse complacido en ocultarnos su historia. Rastréase, no obstante, haber seguido teniendo reyes propios, y que precedieron á los godos en la conversion al catolicismo, ya fuese el primero en abrazar la fe ortodoxa Cariatrico, movido por los milagros de San Martin, obispo de Tours, y por las predicaciones de otro San Martin que vino en aquel tiempo de la Palestina á Galicia, segun San Gregorio Turonense, ya fuese el primero á abjurar la secta arriana y profesar la doctrina católica Teodomiro, segun San Isidoro de Sevilla, escritor contemporáneo y mas inmediato al teatro

de los sucesos. Tal vez existieron simultáneamente dos reyes, el uno en Braga, el otro en Lugo, las dos iglesias metropolitanas en que entonces se celebraban concilios (1).

El que favorecia la sublevacion de los cántabros y leoneses llamábase Miro, sucesor de Teodomiro. El monarca godo marchó contra los cántabros, y logró sujetarlos, no sin tener que vencer grandes dificultades, ya por el valor de aquella gente belicosa, ya por los naturales obstáculos de aquellas montuosas comarcas. Restituido á su dominio el país (2), disponíase Leovigildo á atacar á los suevos, cuando el rey Miro

(1) La iglesia de Braga tenia por sufragáneas las de Coimbra, Porto, Lamego, Viseo, Idania y Dumio; la de Lugo que se hizo metropolitana también, pero que era como una vicaría de la de Braga, comprendia las de Ira-Flavia ó Padron, Orense, Tuy, Mondoñedo y Astorga. Esta debia ser la circunscripción del reino de los suevos en aquel tiempo. Florez, Esp. Sag. tom. 15.

(2) *Et provinciam in suam revocat dittonem.* Cron. de Viciara.